

# MUERTOS QUE ACUSAN CONTRA LEOPOLDO LUGONES Y SU SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES

(Sobre la tiranía en Venezuela)

Sería un crimen el silencio en estos momentos en que los oídos del mundo civilizado están atentos en espera de la voz acusadora de las víctimas de Juan Vicente Gómez, tirano de Venezuela. El tribunal de la conciencia pública necesita dictar su fallo y hoy vienen los muertos a rendir su testimonio en tan luctuoso proceso.

El general Gómez afirma en su Mensaje al Congreso venezolano: "Nunca la ira ni aún la justa indignación, me han dominado ni inducido a medidas de represión que no autoricen nuestras leyes y que no sean absolutamente necesarias en resguardo de la paz."

Y sin embargo, en La Rotunda de Caracas, por orden de Juan Vicente Gómez, en mayo de 1913, el Prefecto de Caracas, coronel Ernesto Velazco Ibarra; el Jefe de Policía, coronel Pedro García; el Alcalde de la Cárcel, general Marcial Padrón; los empleados subalternos Evaristo Velazco Jalma y Ulario Roa y Santiago Porro y el Cabo de presos, presidiario por asesinato Leocadio Bermúdez (a) Bachimbo, sometieron a sufrir el horrible tormento del tortol en la suxialidad a los coroneles Sotero Méjica, quien murió del suplicio; Francisco de Paula Ochoa, quien se volvió loco y murió por la misma causa; Tomás Pérez Alcántara, nuestro tan blán por el tormento, y José Santiago González, y a veintitrés oficiales de menor graduación...

En el mes de junio del mismo año 1913, cumpliendo órdenes de Juan Vicente Gómez, presidente de Venezuela, el nuevo Alcalde de la Rotunda general E. Duarte Cacicque, sometió al tormento del hambre a los generales R. Delgado Chalbaud y Aurelio no Robles, al doctor Néstor Luis Pérez y al coronel Miguel Delgado Chalbaud, para arrancarles gruesas sumas de dinero, habiendo tenido que pagar hasta dos mil dólares por un vaso de agua o un pedazo de pan para salvar la vida.

El general Cacicque tratando de excusar su responsabilidad, decía a los suplicados: "Estas son órdenes de general Gómez y a él le entrego en sus propias manos el dinero que la familia de ustedes me entrega."

Los mismos funcionarios, por orden de Juan Vicente Gómez, en 1914, hicieron sufrir el suplicio de la soga colgándolos por los pies hasta una altura de dos metros y medio al doctor Carlos León, a los presbíteros doctor Evaristo Ramírez y Tomás Monteverde (anciano de 65 años) a los generales Norberto Borges y Arturo Uzáur, al señor Luis Zuloaga Llamas y a los ciudadanos Casimiro Vegas, Manuel Negrón y Julio Delgado Chalbaud.

En enero de 1919 en el hermoso palacio "Villa Zoila" propiedad del general Cipriano Castro, en la avenida "El Paraíso" de Caracas, por orden del general Juan Vicente Gómez su propio hijo, el general José Vicente Gómez, Vicepresidente e Inspector General del Ejército, acompañado del general Pedro Alcántara Leal, Comandante militar de Caracas, coronel Aparicio Gómez y Modesto Torres, teniente coronel León José Zapata, capitanes José A. Anselmi y José Marciales, teniente Ramón Mendoza, Guillermo Isea Chuecos, Humberto Padrón y el chofer del general José Vicente Gómez, sometió a espeluznantes torturas, entre ellas, la de colgarlos por los testículos, a los siguientes militares: capitanes Miguel Parra Entrena (quien murió en el suplicio), Luis Rafael Pimentel (perdió en el tormento parte del signo de la masculinidad), Carlos Mendoza P., Argimiro Arellano; a los tenientes Juan H. C. Hernández, Jorge Ramírez, Anibal Molina; a los subtenientes Ricardo Corredor, José Agustín Baderacó, Arturo Lara R., Domingo E. Mujica, Cristóbal Parra Entrena, Luis A. Aranguren y Pedro Betancourt Grillet; al teniente coronel Manuel M. Aponte y a los civiles doctor Pedro Manuel Ruiz y Manuel Andrade Mora, niño de 14 años de edad, hermano del capitán Andrade Mora.

¿Cuál es la ley de Venezuela que autoriza al Presidente de la República a ordenar la tortura de los venezolanos y al Vicepresidente a ejercer

de verdugo?

¡Eran absolutamente necesarios en resguardo de la paz tales procedimientos?

Y afirma el presidente Gómez en su mensaje: "No he levantado patibulos."

Es verdad, no ha tenido el valor de levantar patibulos en las plazas públicas como lo hizo Eustaquio Gómez en la plaza principal de San Cristóbal en donde ahorcó cinco ciudadanos, dejando colgados los cadáveres durante varios días para que fueran pasto de las aves de rapina; pero condenó a muerte subrepticia, a unos por hambre, a otros por veneno, a algunos por el tormento y fueron ejecutados en la Rotunda de Caracas, a cincuenta y tres venezolanos, sin contar entre éstos a Gáfora, Enaos, Colmenares y Bolívar asesinados en 1912...

De sus tumbas se levantan esos muertos para acusar a Juan Vicente Gómez ante el mundo y más del 300 ciudadanos que escaparon milagrosamente de las garras del tirano, viven y están presos para afirmar ante los jueces con su testimonio irrefragable, la acusación de los muertos...

El doctor Carlos Grisanti, ministro de Venezuela en Washington puede ahora decir que no hay en Venezuela autoridad que condene a muerte a los venezolanos, ni autoridad que ejecute la sentencia. Juan Vicente Gómez puede ahora repetir que no ha levantado patibulos, pero el mundo entero sabrá que uno y otro mienten cínicamente y que los desmenten con un grito de maldición desde sus tumbas los siguientes muertos en La Rotunda:

Coronel Sotero Méjica. Murió en el Tormento en mayo de 1913. Calabozo número 13.

Coronel Tomás Pérez Alcántara. Murió en el Tormento en junio de 1913. Calabozo número 43.

Coronel Francisco de Paula Ochoa. Murió en el Tormento en septiembre de 1913. Calabozo número 13.

Ciudadano Francisco Bruce. Murió de hambre el 29 de enero de 1925, a las 9 a. m. Calabozo 44.

Ciudadano Felipe Gil. Murió de hambre el 9 de noviembre, a las 2 p. m. Calabozo número 22.

Ciudadano Pablo Báez. Murió de hambre el 13 de enero de 1915, a las 7.30 p. m. Calabozo 45.

Ciudadano Ramón Figueroa. Murió de hambre el 2 de noviembre de 1915, a las 1 a. m. Calabozo 43.

Ciudadano Regino Barreto. Murió de hambre el 13 de noviembre de 1915, a las 9.15 a. m. Calabozo 18.

Ciudadano Genaro Soto. Murió envenenado el 15 de abril de 1915, a las 3 p. m. Calabozo número 11.

Capitán J. M. Molina Tremarica. Murió envenenado el 16 de mayo de 1915, a las 4 p. m. Calabozo 16.

General Ramón Peña. Murió envenenado el 8 de julio de 1915, a las 4.30 p. m. Calabozo 31.

Pablo César Campos. Murió envenenado el 6 de julio de 1916, a las 6.30 p. m. Calabozo 15.

Julio Saavedra. Murió de disentería, sin asistencia, el 15 de julio de 1916, a las 5 p. m. Calabozo 11.

Junín, abril 17 de 1929.

Al señor Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, don Leopoldo Lugones. — Buenos Aires.

Señor: en mi simple carácter de escritor afiliado a esa sociedad gremial, uso de licencia espontánea para molestarle con motivo de la carta que me llegó de su mano el día 10 de este mes, en la que me pide que me presente a usted como lo he hecho en la edición del día 10 de este mes, en carta que no sé que haya contestado usted como ha debido hacerse de inmediato desde que corresponde una explicación de sus actos a los escritores adheridos a la Sociedad.

Pero dice usted: "Juzgo necesaria una dictadura. En medio de la indisciplina general en que hoy se agita nuestra sociedad, frente al espectáculo doloroso de una falta absoluta de disciplina en los órdenes más fundamentales de la vida, entiendo que es menester el advenimiento de una dictadura que fije una norma o una orientación. Y la dictadura debe ser, indudablemente, militar, porque el ejército es la única institución donde aún se mantiene la disciplina necesaria..."

Afirmados en el tema de la dictadura, señor Lugones, y a riesgo de salir del margen lógico de esta carta, me permito observarle que no es la militar la que más le conviene dentro del despotismo político de ese régimen de su preferencia si su valor consiste exclusivamente en el mantenimiento de la disciplina indispensable a que se refiere. Llegado al poder el militarismo se resiente en su rigidez de obediencia, como lo establecen las subversiones ocurridas en España. Estaría por insinuarle la conveniencia de que opte por la dictadura religiosa. Para colaborar en un poder político militar, además, tiene usted demasiado talento y excedería la línea militarista del régimen. Sería un indiscipulado, aun suponiéndolo dictador... En cambio, el despotismo católico mejoraría sus probabilidades de colaborador eficaz por la agudeza de ingenio que habría de requerir. La agilidad de su inteligencia se aproxima más al talento de Richelieu que a la violencia de Napoleón...

Entre tanto, no puedo permanecer indiferente a la cuestión ideológica que plantean en el gremio de los escritores que sus declaraciones y la carta con que las repudia el doctor Julio V. González.

Señor Lugones: me retiro de la Institución y con mucho sentimiento, pues adherí con entusiasmo en la oportunidad que fui invitado por usted, como presidente, para afiliarme. Mantengo mi puesto en la izquierda de la comunidad aunque sea al precio de la explotación de mis trabajos literarios por parte de los editores. Mi ficha archivada en esa Sociedad consigna los diez títulos de libros que llevo entregados al público, con menos fortuna que la gente de ese grupo que usted califica "escritores sin disciplina". Pero la fortuna editorial no asegura la consecuencia y la buena memoria, y yo no me acuso de ser inconsecuente con mis ideales de ser inconsecuente con el público, porque aún estoy clavado en el puesto de vanguardia en que me encontré mi libro "Cadenas que se rompen", recibido por usted en 1911. Además, el sacrificio no ha sido para mí un inconveniente sino un estímulo de labor. Poseo, también, una gran confianza en el porvenir político-liberal de la sociedad y de la democracia, a consolidarse sin duda en tiempo próximo y entonces responderé mejor a nuestras aspiraciones de respeto por la producción intelectual que rindamos como tributo de público a la República.

Atento al respeto que a mí vez debo a usted, le saludo muy atentamente.

Ya sé que usted procura alejar sus declaraciones del dominio de la Sociedad Argentina de Escritores, pero eso no disminuye su importancia. Si la Sociedad cede a los escritores que le formamos el derecho democrático que rigió el organismo de la república, yo no me alejaría del gremio constituido bajo su presidencia porque esperaré la asamblea para expresar mi oposición a sus aspiraciones dictatoriales; pero impedidos de ejercer facultades de crítica, de control y de elección dentro de la Sociedad, considero que

la protesta del doctor Julio V. González debe ajustarse a la conducta que ha hecho pública por intermedio de "Crítica", en la edición del día 10 de este mes, en carta que no sé que haya contestado usted como ha debido hacerse de inmediato desde que corresponde una explicación de sus actos a los escritores adheridos a la Sociedad.

En medio de la indisciplina general en que hoy se agita nuestra sociedad, frente al espectáculo doloroso de una falta absoluta de disciplina en los órdenes más fundamentales de la vida, entiendo que es menester el advenimiento de una dictadura que fije una norma o una orientación. Y la dictadura debe ser, indudablemente, militar, porque el ejército es la única institución donde aún se mantiene la disciplina necesaria...

Afirmados en el tema de la dictadura, señor Lugones, y a riesgo de salir del margen lógico de esta carta, me permito observarle que no es la militar la que más le conviene dentro del despotismo político de ese régimen de su preferencia si su valor consiste exclusivamente en el mantenimiento de la disciplina indispensable a que se refiere. Llegado al poder el militarismo se resiente en su rigidez de obediencia, como lo establecen las subversiones ocurridas en España. Estaría por insinuarle la conveniencia de que opte por la dictadura religiosa. Para colaborar en un poder político militar, además, tiene usted demasiado talento y excedería la línea militarista del régimen. Sería un indiscipulado, aun suponiéndolo dictador... En cambio, el despotismo católico mejoraría sus probabilidades de colaborador eficaz por la agudeza de ingenio que habría de requerir. La agilidad de su inteligencia se aproxima más al talento de Richelieu que a la violencia de Napoleón...

Entre tanto, no puedo permanecer indiferente a la cuestión ideológica que plantean en el gremio de los escritores que sus declaraciones y la carta con que las repudia el doctor Julio V. González.

Señor Lugones: me retiro de la Institución y con mucho sentimiento, pues adherí con entusiasmo en la oportunidad que fui invitado por usted, como presidente, para afiliarme. Mantengo mi puesto en la izquierda de la comunidad aunque sea al precio de la explotación de mis trabajos literarios por parte de los editores. Mi ficha archivada en esa Sociedad consigna los diez títulos de libros que llevo entregados al público, con menos fortuna que la gente de ese grupo que usted califica "escritores sin disciplina". Pero la fortuna editorial no asegura la consecuencia y la buena memoria, y yo no me acuso de ser inconsecuente con mis ideales de ser inconsecuente con el público, porque aún estoy clavado en el puesto de vanguardia en que me encontré mi libro "Cadenas que se rompen", recibido por usted en 1911. Además, el sacrificio no ha sido para mí un inconveniente sino un estímulo de labor. Poseo, también, una gran confianza en el porvenir político-liberal de la sociedad y de la democracia, a consolidarse sin duda en tiempo próximo y entonces responderé mejor a nuestras aspiraciones de respeto por la producción intelectual que rindamos como tributo de público a la República.

Atento al respeto que a mí vez debo a usted, le saludo muy atentamente.

Ya sé que usted procura alejar sus declaraciones del dominio de la Sociedad Argentina de Escritores, pero eso no disminuye su importancia. Si la Sociedad cede a los escritores que le formamos el derecho democrático que rigió el organismo de la república, yo no me alejaría del gremio constituido bajo su presidencia porque esperaré la asamblea para expresar mi oposición a sus aspiraciones dictatoriales; pero impedidos de ejercer facultades de crítica, de control y de elección dentro de la Sociedad, considero que

la protesta del doctor Julio V. González debe ajustarse a la conducta que ha hecho pública por intermedio de "Crítica", en la edición del día 10 de este mes, en carta que no sé que haya contestado usted como ha debido hacerse de inmediato desde que corresponde una explicación de sus actos a los escritores adheridos a la Sociedad.

En medio de la indisciplina general en que hoy se agita nuestra sociedad, frente al espectáculo doloroso de una falta absoluta de disciplina en los órdenes más fundamentales de la vida, entiendo que es menester el advenimiento de una dictadura que fije una norma o una orientación. Y la dictadura debe ser, indudablemente, militar, porque el ejército es la única institución donde aún se mantiene la disciplina necesaria...

Afirmados en el tema de la dictadura, señor Lugones, y a riesgo de salir del margen lógico de esta carta, me permito observarle que no es la militar la que más le conviene dentro del despotismo político de ese régimen de su preferencia si su valor consiste exclusivamente en el mantenimiento de la disciplina indispensable a que se refiere. Llegado al poder el militarismo se resiente en su rigidez de obediencia, como lo establecen las subversiones ocurridas en España. Estaría por insinuarle la conveniencia de que opte por la dictadura religiosa. Para colaborar en un poder político militar, además, tiene usted demasiado talento y excedería la línea militarista del régimen. Sería un indiscipulado, aun suponiéndolo dictador... En cambio, el despotismo católico mejoraría sus probabilidades de colaborador eficaz por la agudeza de ingenio que habría de requerir. La agilidad de su inteligencia se aproxima más al talento de Richelieu que a la violencia de Napoleón...

Junín, abril 17 de 1929.

Al señor Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, don Leopoldo Lugones. — Buenos Aires.

Señor: en mi simple carácter de escritor afiliado a esa sociedad gremial, uso de licencia espontánea para molestarle con motivo de la carta que me llegó de su mano el día 10 de este mes, en la que me pide que me presente a usted como lo he hecho en la edición del día 10 de este mes, en carta que no sé que haya contestado usted como ha debido hacerse de inmediato desde que corresponde una explicación de sus actos a los escritores adheridos a la Sociedad.

Pero dice usted: "Juzgo necesaria una dictadura. En medio de la indisciplina general en que hoy se agita nuestra sociedad, frente al espectáculo doloroso de una falta absoluta de disciplina en los órdenes más fundamentales de la vida, entiendo que es menester el advenimiento de una dictadura que fije una norma o una orientación. Y la dictadura debe ser, indudablemente, militar, porque el ejército es la única institución donde aún se mantiene la disciplina necesaria..."

Afirmados en el tema de la dictadura, señor Lugones, y a riesgo de salir del margen lógico de esta carta, me permito observarle que no es la militar la que más le conviene dentro del despotismo político de ese régimen de su preferencia si su valor consiste exclusivamente en el mantenimiento de la disciplina indispensable a que se refiere. Llegado al poder el militarismo se resiente en su rigidez de obediencia, como lo establecen las subversiones ocurridas en España. Estaría por insinuarle la conveniencia de que opte por la dictadura religiosa. Para colaborar en un poder político militar, además, tiene usted demasiado talento y excedería la línea militarista del régimen. Sería un indiscipulado, aun suponiéndolo dictador... En cambio, el despotismo católico mejoraría sus probabilidades de colaborador eficaz por la agudeza de ingenio que habría de requerir. La agilidad de su inteligencia se aproxima más al talento de Richelieu que a la violencia de Napoleón...

Entre tanto, no puedo permanecer indiferente a la cuestión ideológica que plantean en el gremio de los escritores que sus declaraciones y la carta con que las repudia el doctor Julio V. González.

Señor Lugones: me retiro de la Institución y con mucho sentimiento, pues adherí con entusiasmo en la oportunidad que fui invitado por usted, como presidente, para afiliarme. Mantengo mi puesto en la izquierda de la comunidad aunque sea al precio de la explotación de mis trabajos literarios por parte de los editores. Mi ficha archivada en esa Sociedad consigna los diez títulos de libros que llevo entregados al público, con menos fortuna que la gente de ese grupo que usted califica "escritores sin disciplina". Pero la fortuna editorial no asegura la consecuencia y la buena memoria, y yo no me acuso de ser inconsecuente con mis ideales de ser inconsecuente con el público, porque aún estoy clavado en el puesto de vanguardia en que me encontré mi libro "Cadenas que se rompen", recibido por usted en 1911. Además, el sacrificio no ha sido para mí un inconveniente sino un estímulo de labor. Poseo, también, una gran confianza en el porvenir político-liberal de la sociedad y de la democracia, a consolidarse sin duda en tiempo próximo y entonces responderé mejor a nuestras aspiraciones de respeto por la producción intelectual que rindamos como tributo de público a la República.

Atento al respeto que a mí vez debo a usted, le saludo muy atentamente.

Ya sé que usted procura alejar sus declaraciones del dominio de la Sociedad Argentina de Escritores, pero eso no disminuye su importancia. Si la Sociedad cede a los escritores que le formamos el derecho democrático que rigió el organismo de la república, yo no me alejaría del gremio constituido bajo su presidencia porque esperaré la asamblea para expresar mi oposición a sus aspiraciones dictatoriales; pero impedidos de ejercer facultades de crítica, de control y de elección dentro de la Sociedad, considero que

la protesta del doctor Julio V. González debe ajustarse a la conducta que ha hecho pública por intermedio de "Crítica", en la edición del día 10 de este mes, en carta que no sé que haya contestado usted como ha debido hacerse de inmediato desde que corresponde una explicación de sus actos a los escritores adheridos a la Sociedad.

En medio de la indisciplina general en que hoy se agita nuestra sociedad, frente al espectáculo doloroso de una falta absoluta de disciplina en los órdenes más fundamentales de la vida, entiendo que es menester el advenimiento de una dictadura que fije una norma o una orientación. Y la dictadura debe ser, indudablemente, militar, porque el ejército es la única institución donde aún se mantiene la disciplina necesaria...

Afirmados en el tema de la dictadura, señor Lugones, y a riesgo de salir del margen lógico de esta carta, me permito observarle que no es la militar la que más le conviene dentro del despotismo político de ese régimen de su preferencia si su valor consiste exclusivamente en el mantenimiento de la disciplina indispensable a que se refiere. Llegado al poder el militarismo se resiente en su rigidez de obediencia, como lo establecen las subversiones ocurridas en España. Estaría por insinuarle la conveniencia de que opte por la dictadura religiosa. Para colaborar en un poder político militar, además, tiene usted demasiado talento y excedería la línea militarista del régimen. Sería un indiscipulado, aun suponiéndolo dictador... En cambio, el despotismo católico mejoraría sus probabilidades de colaborador eficaz por la agudeza de ingenio que habría de requerir. La agilidad de su inteligencia se aproxima más al talento de Richelieu que a la violencia de Napoleón...

Entre tanto, no puedo permanecer indiferente a la cuestión ideológica que plantean en el gremio de los escritores que sus declaraciones y la carta con que las repudia el doctor Julio V. González.

Señor Lugones: me retiro de la Institución y con mucho sentimiento, pues adherí con entusiasmo en la oportunidad que fui invitado por usted, como presidente, para afiliarme. Mantengo mi puesto en la izquierda de la comunidad aunque sea al precio de la explotación de mis trabajos literarios por parte de los editores. Mi ficha archivada en esa Sociedad consigna los diez títulos de libros que llevo entregados al público, con menos fortuna que la gente de ese grupo que usted califica "escritores sin disciplina". Pero la fortuna editorial no asegura la consecuencia y la buena memoria, y yo no me acuso de ser inconsecuente con mis ideales de ser inconsecuente con el público, porque aún estoy clavado en el puesto de vanguardia en que me encontré mi libro "Cadenas que se rompen", recibido por usted en 1911. Además, el sacrificio no ha sido para mí un inconveniente sino un estímulo de labor. Poseo, también, una gran confianza en el porvenir político-liberal de la sociedad y de la democracia, a consolidarse sin duda en tiempo próximo y entonces responderé mejor a nuestras aspiraciones de respeto por la producción intelectual que rindamos como tributo de público a la República.

Atento al respeto que a mí vez debo a usted, le saludo muy atentamente.

Ya sé que usted procura alejar sus declaraciones del dominio de la Sociedad Argentina de Escritores, pero eso no disminuye su importancia. Si la Sociedad cede a los escritores que le formamos el derecho democrático que rigió el organismo de la república, yo no me alejaría del gremio constituido bajo su presidencia porque esperaré la asamblea para expresar mi oposición a sus aspiraciones dictatoriales; pero impedidos de ejercer facultades de crítica, de control y de elección dentro de la Sociedad, considero que

la protesta del doctor Julio V. González debe ajustarse a la conducta que ha hecho pública por intermedio de "Crítica", en la edición del día 10 de este mes, en carta que no sé que haya contestado usted como ha debido hacerse de inmediato desde que corresponde una explicación de sus actos a los escritores adheridos a la Sociedad.

En medio de la indisciplina general en que hoy se agita nuestra sociedad, frente al espectáculo doloroso de una falta absoluta de disciplina en los órdenes más fundamentales de la vida, entiendo que es menester el advenimiento de una dictadura que fije una norma o una orientación. Y la dictadura debe ser, indudablemente, militar, porque el ejército es la única institución donde aún se mantiene la disciplina necesaria...

Afirmados en el tema de la dictadura, señor Lugones, y a riesgo de salir del margen lógico de esta carta, me permito observarle que no es la militar la que más le conviene dentro del despotismo político de ese régimen de su preferencia si su valor consiste exclusivamente en el mantenimiento de la disciplina indispensable a que se refiere. Llegado al poder el militarismo se resiente en su rigidez de obediencia, como lo establecen las subversiones ocurridas en España. Estaría por insinuarle la conveniencia de que opte por la dictadura religiosa. Para colaborar en un poder político militar, además, tiene usted demasiado talento y excedería la línea militarista del régimen. Sería un indiscipulado, aun suponiéndolo dictador... En cambio, el despotismo católico mejoraría sus probabilidades de colaborador eficaz por la agudeza de ingenio que habría de requerir. La agilidad de su inteligencia se aproxima más al talento de Richelieu que a la violencia de Napoleón...

# Los buenos amigos que nos hacen falta

"Queréme, pero queréme con talento", es un dicho conocido en ciertas regiones de América Latina. He pensado muchas veces en él, al observar y seguir con entusiasmo la obra eficiente que el gran profesor alemán Alfonso Goldschmidt realiza en Europa por los verdaderos intereses de nuestros pueblos. Goldschmidt es de los pocos europeos que no han ido a América Latina a sacar nada. Fué a sembrar, a ayudar, a darse. Su actividad maravillosa, su personalidad que es una eminente coordinación del artista y del científico, fué en buena hora a nuestras tierras, hace ocho años ya. Ellas habían de captarlo para siempre. Su mente y su corazón, inter-nacionales por ser profundamente humanas, no en un sentido vagamente universalista e inactual, sino conscientes de la urgencia de tomar una bandera mientras la justicia y la igualdad impongan al mundo la injusticia.

Desde entonces el maestro, el escritor, el polemista incorpora las cuestiones latinoamericanas a su campo de acción fecunda. Para Méjico había publicado su libro "Fundamentos de la Ciencia Económica", para Alemania tres obras que suscitan gran interés en Europa: "Argentina", "Méjico" y "Sobre la huella de los Aztecas". Sumado a estos, el que se anuncia ya para el mes próximo: "La Tercera Conquista de la América Latina", fruto de su segundo y reciente viaje a nuestros pueblos en embajada de una obra que es peritina y eficiente — ha creado él mismo, y ya comienza a vivir vigorosamente: El Instituto Económico Latinoamericano de Berlín.

Creo que es difícil encontrar una mente europea más intensamente penetrada de nuestra realidad. Difícil, también, y esto más, hallar un espíritu más certero en el propósito de actuar sobre ella con plena eficacia. Goldschmidt representa el mejor resultado de su ciencia, de aquellos que en América Latina hemos creído siempre que nuestro problema económico político y social es vasto y complicadísimo, que es indispensable investigarlo científicamente porque representa en la historia del mundo el más ignorado característico e interesante caso de estos tiempos. Goldschmidt ha visto sabiamente en lo profundo de América y ha percibido el estremecimiento profundo e inquietante que en las raíces mismas de nuestros conglomerados sociales está gestando el parto trágico y luminoso del verdadero nuevo mundo.

El sabio quiere que vayamos a encontrar la América que adviene, por los caminos de la sabiduría. Postigo de la gran contienda económica de las Américas: la que impide por su desarrollo capitalista no puede hacer más sino conquistar, y la que ante el invasor inexorable se halla ante la ley suprema de resistir y vencer, o entregarse y sucumbir, nos señala el camino de la victoria en la captación previosa de una ciencia y de una técnica. Seguro de que Europa puede aportar mucho de su vasta elaboración cultural, quiere que el Instituto Económico Latinoamericano de Berlín sea un laboratorio de experiencias eficaces que nos dé "armas de pensamiento", fuerza directriz y bases incommovibles para la acción fecunda.

Luchador, luchador de las causas que Rodó llamaba "herejías de hoy y creídos de mañana", Goldschmidt ha sido y es atacado. "Ustedes los latinos americanos cuando dejan de hacer versos y hablan con números, son evidentemente peligrosos", me decía un norteamericano panamericanista a la salida de un debate público en que tomé parte en la Universidad de Harvard en 1927, sobre el tema del imperialismo. Goldschmidt quiere hacer muchos "peligrosos" en América Latina y, obvio es suponer, que ya se le ataca, y se le ataca por aquellos que sienten el peligro.

Pero el maestro es también soldado. Sabe lo que es quedarse sólo en el último reducto y vencer escuadrones. Su actitud serena y sonriente, optimista y fuerte, completa su magnífico perfil de director. No nació en nuestras tierras — que importa, — Alfonso Goldschmidt es uno de los maestros más completos que tiene hoy la nueva generación latinoamericana. Así le sentimos y le sabemos los jóvenes, y nuestro deber de juventud nos señala un puesto a su lado.

HAYA DELATORRE

En el número 73 de RENOVACION, se publica un artículo sobre la misión social del arte, firmado por Serafín Delmar. Este artículo cuya tesis es principio considero equivocada, demuestra una vez más que los hombres jóvenes de Latino América no han sabido curarse todavía de nuestro defecto ancestral: la afición desmedida por las grandes palabras. Serafín Delmar cita a León Trozky, pero yo creo que si el revolucionario ruso leyera "Arte social" no podría contener una sonrisa irónica al llegar a esa "humanidad tan grande, compuesta no de hombre sino de letras mayúsculas. Ah! verdaderamente nos embriagamos de palabras los latinoamericanos; mientras no nos libertemos de esas olas huecas y sonoras, mientras no aprendamos a callarnos un poco, no combatiremos más que a medias porque la mitad de la energía se nos irá en palabras. Me nos frases y más hechos, tal deber ser la divisa. Y entienda que hablo en el terreno de la acción político-social. En cuanto al terreno del arte, allí es donde precisamente quiero refutar al articulista. Delmar acusa a la poesía americana actual de haber traicionado al socialismo, y lo hace con juicios llenos de dureza; de esta acusación entiendo que hay que descartar toda la poesía producida por artistas que no son socialistas, puesto que sería absurdo hablar de traición a un ideario determinado, si no ha habido previamente una aceptación de él. Que día, pues, solamente la poesía hecha por socialistas, y aquí entonces como poeta y como revolucionaria, no puede dejar sin contestación unas apreciaciones que considero de todo punto de vista aventuradas.

El articulista habla en uno de sus párrafos de ciertos "artistas" que "piensan como revolucionarios sintiendo como pequeños burgueses". No sé cómo siente Delmar; lo que sí sé es que en su artículo se presenta pensando como un perfecto burgués. Diré, atreviéndome yo también a una pequeña incursión psicológica, que hay a veces escondido en algunos revolucionarios un malhabido burgués que cuando menos se piensa asoma y hace de las suyas. Esto es lo que le ha ocurrido sin que lo sospeche a Serafín Delmar. Porque no hay idea más genuinamente burguesa y mesocrática, que es la de querer sujetar el arte a la servidumbre de un objetivo cualquiera. La cosa desde luego es vieja, viene de lejos; pero tomándola sólo desde ayer muy próximo, ya los liberales de cian que el arte debía "servir al pueblo" y esta idea, naturalmente remozada con palabras, es la que veo con tristeza infiltrarse más y más en el pensamiento de los revolucionarios americanos. Nada importa que Trozky diga del arte que "es una de las fuerzas disolventes que preparan la revolución futura", porque Trozky no es aquí juez competente. Se puede ser un revolucionario genial, un hombre de acción dueño del relámpago clarividente que permite encanzar una grandiosa revolución, y sin embargo no entender nada de arte. Para poder citar como autoridad a alguien en un asunto es preciso que ese asunto caiga dentro de su especialidad, porque de lo contrario, como en el presente caso, la autoridad no existe.

El arte no se dirige más que a un solo fin: la producción de la belleza. Cuando el artista ha conseguido realizarlo, puede dormir tranquilo seguro de que nadie con conocimiento de causa podrá llamarlo traidor a nada. Y los instrumentos hay que usarlos cada uno para la función a que han sido destinados. ¿Qué se pensaría de un hombre que quisiera utilizar una azada como tenedor, o que sostuviera que además de remover la tierra la azada era muy útil para llevarse los alimentos a la boca? Lo más fácil es que se le encerrara en un manicomio... Lo mismo ocurre en la materia de que tratamos: ¿Por qué querer servirse del arte para el cumplimiento de una función a la que no está destinado? Para la propaganda revolucionaria ahí está la simple prosa nada artística y que cualquiera puede hacer sin más que tomar la lapicera; ahí está la conferencia,

el discurso, el panfleto, el manifiesto, la prosa rica en fuerza ideológica, la acción directa en las masas proletarias y campesinas. Pero que no se trate de utilizar el arte para ello, porque entonces el arte se venga, transformándose inmediatamente en algo febrido, de una vulgaridad aplastante. Y que ni Serafín Delmar ni nadie se atreva a lanzar al rostro de los artistas el mote de burgueses, hablando inconsultamente de arte proletario y de arte burgués. Todo eso no es más que estrechez mental y absoluto desconocimiento del asunto. El arte es uno: cuando la verdadera obra de arte aparece, aparece como el sol, para todos. Porque el arte no es la idea sino la pasión que es igual en todos los seres humanos; ni es tampoco lo abstracto, sino lo concreto, y mientras más concreto mejor. Puede desde luego ser revolucionario, pero sin proponerse expresamente; es revolucionario además el artístico, como por ejemplo esa terrible "Casa de Muertos". ¿El novelista la escribió con el decidido y pragmático propósito de que fuera un "Arte revolucionario"? No; estuvo condenado a esa vida por un largo espacio de tiempo; su cerebro y su sensibilidad fueron profundamente impresionados por ella, y de esta impresión surgió la obra de arte.

En cuanto al artista, al artista que realmente merece ese nombre, si alguna definición debiera darle, no podría encontrar ninguna que le conviniere mejor que esta: el artista es el hombre libre. En su arte es dueño y amo absoluto de sí mismo, y es infantil querer imponerle normas. No quiere esto decir que yo considere que el arte es el "je" de la vida, ni que el artista esté colocado por encima de los demás hombres. Nada más alejado que esto le mi pensamiento. Lo que quiero decir es simplemente que para el artista existe siempre fuera de su vida cotidiana y vulgar, una región distinta a la que es imposible seguirle para ordenarle. Exalte usted artísticamente al proletariado, a la justicia social, o a la abolición del privilegio económico. Por muy revolucionario que sea, no le hará si en ese momento su ser se halla solicitado por caminos distintos de belleza. Y esto sin ser traidor a nada, sino simplemente porque el arte es una cosa y la lucha social es otra. Romain Rolland, tan admirado por Delmar, ¿a quién ha escogido como héroe para referir su vida y ensalzaria? A Miguel Ángel, hombre imbuido de los peores prejuicios, casi medieval. ¿Y qué objeto perseguía un escritor como Romain Rolland, revolucionario y que según afirma Serafín Delmar sabe lo que hace, al narrar con tanto amor la vida de ese pintor religioso, de ese despreciable burgués? Es que naturalmente, Rolland, que detrás de la frente tiene un mundo, sabe muy bien que aquel "burgués florentino" fué una de las almas más altas de su tiempo, y que después de leer su vida "de divino dolor", se respira con más fuerza como en "las altas cimas".

Quien esto escribe no le cede a nadie en convicción revolucionaria (a pesar de tener libros de poesía en los que traiciona al socialismo porque no lo menciona para nada) pero conservo la suficiente lucidez como para comprender que semejante limitación de criterio no puede menos de ser perniciososa para la causa misma de la revolución. Esta última sigue su marcha alimentada por poderosas corrientes de orden económico, en último término de orden ético, pero no de orden artístico. Lo único que se consigue con la expresión de tales manifestaciones, es provocar polémicas como la presente, siempre desagradables cuando más necesidad se tiene de estar unidos. Y, finalmente, que se tranquilice el compañero Delmar: un artista no siente nunca como un pequeño burgués. Al revés de lo que él cree, aunque el pensamiento falle algunas veces lo que no falla nunca es la manera de sentir; esa piedra de toque. Los artistas, nosotros los libres, por encima de todos, somos terribles cartas-panfletos dirigidas a todas las potestades de la tierra, agregando debajo de su nombre este peguoso título: "Hombre libre, por la gracia de Dios."

En el número 73 de RENOVACION, se publica un artículo sobre la misión social del arte, firmado por Serafín Delmar. Este artículo cuya tesis es principio considero equivocada, demuestra una vez más que los hombres jóvenes de Latino América no han sabido curarse todavía de nuestro defecto ancestral: la afición desmedida por las grandes palabras. Serafín Delmar cita a León Trozky, pero yo creo que si el revolucionario ruso leyera "Arte social" no podría contener una sonrisa irónica al llegar a esa "humanidad tan grande, compuesta no de hombre sino de letras mayúsculas. Ah! verdaderamente nos embriagamos de palabras los latinoamericanos; mientras no nos libertemos de esas olas huecas y sonoras, mientras no aprendamos a callarnos un poco, no combatiremos más que a medias porque la mitad de la energía se nos irá en palabras. Me nos frases y más hechos, tal deber ser la divisa. Y entienda que hablo en el terreno de la acción político-social. En cuanto al terreno del arte, allí es donde precisamente quiero refutar al articulista. Delmar acusa a la poesía americana actual de haber traicionado al socialismo, y lo hace con juicios llenos de dureza; de esta acusación entiendo que hay que descartar toda la poesía producida por artistas que no son socialistas, puesto que sería absurdo hablar de traición a un ideario determinado, si no ha habido previamente una aceptación de él. Que día, pues, solamente la poesía hecha por socialistas, y aquí entonces como poeta y como revolucionaria, no puede dejar sin contestación unas apreciaciones que considero de todo punto de vista aventuradas.

El articulista habla en uno de sus párrafos de ciertos "artistas" que "piensan como revolucionarios sintiendo como pequeños burgueses". No sé cómo siente Delmar; lo que sí sé es que en su artículo se presenta pensando como un perfecto burgués. Diré, atreviéndome yo también a una pequeña incursión psicológica, que hay a veces escondido en algunos revolucionarios un malhabido burgués que cuando menos se piensa asoma y hace de las suyas. Esto es lo que le ha ocurrido sin que lo sospeche a Serafín Delmar. Porque no hay idea más genuinamente burguesa y mesocrática, que es la de querer sujetar el arte a la servidumbre de un objetivo cualquiera. La cosa desde luego es vieja, viene de lejos; pero tomándola sólo desde ayer muy próximo, ya los liberales de cian que el arte debía "servir al pueblo" y esta idea, naturalmente remozada con palabras, es la que veo con tristeza infiltrarse más y más en el pensamiento de los revolucionarios americanos. Nada importa que Trozky diga del arte que "es una de las fuerzas disolventes que preparan la revolución futura", porque Trozky no es aquí juez competente. Se puede ser un revolucionario genial, un hombre de acción dueño del relámpago clarividente que permite encanzar una grandiosa revolución, y sin embargo no entender nada de arte. Para poder citar como autoridad a alguien en un asunto es preciso que ese asunto caiga dentro de su especialidad, porque de lo contrario, como en el presente caso, la autoridad no existe.

El arte no se dirige más que a un solo fin: la producción de la belleza. Cuando el artista ha conseguido realizarlo, puede dormir tranquilo seguro de que nadie con conocimiento de causa podrá llamarlo traidor a nada. Y los instrumentos hay que usarlos cada uno para la función a que